

» dioses para con sus servidores, al pensar en Dios supremo, su Señor común.

» Vous sois la que unís no solo con los lazos de la sociedad, sino con los de la fraternidad á los ciudadanos con los ciudadanos, á las naciones con las naciones, y á los hombres todos, sea qual fuere su patria, con el recuerdo de su origen común.

» Vos sois la que enseñáis á los reyes á sacrificarse por los pueblos, y á los pueblos á obedecer á los reyes.

» Vos sois la que enseñáis con precision perfecta á quién se debe el honor, á quién la afeccion, á quién el respeto, á quién el temor, á quién los consuelos, á quién las advertencias, á quién las exhortaciones, á quién las reprensiones, á quién la correccion, á quién el castigo, mostrando que si no á todos se debe la misma cosa, á todos se debe la caridad y á nadie la injuria <sup>1</sup>.

¿Qué objeto se propone la Iglesia romana al instruirnos, al formarnos para la virtud, al consolarnos en nuestras aflicciones? Reparar poco á poco, respecto de todas las generaciones que llegan á la tierra, las funestas consecuencias del pecado original, y de todos los demás; quiere devolver á nuestro espíritu parte de las luces de que gozaba en el estado de inocencia, y á nuestros sentidos parte de su poder y de su integridad primera. Desde la salida del paraíso terrenal la Religion ha conducido al hombre de claridad en claridad, como guía la madre á su hijo desde las primeras tinieblas de la infancia hasta la edad de la razon.

IV. La Religion, único origen de dicha en la eternidad. — La bien sostenida rehabilitacion, cuyo cuadro hemos expuesto en los cuatro tomos de esta obra, es solo empezada en la tierra; su perfeccion está reservada para la eternidad, y la Religion nos conduce á ella. Allí será todo perfecto, allí veremos algo mejor que aquella edad de oro cuyo confuso recuerdo se habia conservado en el seno mismo del Gentilismo, el cielo; pues bien, tiempo es ya de decir lo que será, y si bien el cuadro que vamos á trazar será imperfecto, nos parece suficiente para excitar nuestros deseos, sostener nuestro valor y hacernos decir con el Apóstol: «Entiendo que no son de comparar los trabajos de este tiempo con la gloria venidera que se manifestará en nosotros <sup>2</sup>.»

Lo que es la luz para el ciego que la vió antes y desea verla otra vez; la salud para el enfermo, presa de crueles dolores; la paz para el desgraciado, que expuesto toda su vida al odio de los demás, ha debido permanecer noche y dia con las armas en la mano; lo que es para el rey destronado la vuelta á su trono; lo que para el via-

<sup>1</sup> De Morib. Eccl. Cath. c. 30.

<sup>2</sup> Rom. VIII, 18.

jero muerto de sed, un manantial fresco y puro; para el infeliz desterrado, el regreso á su patria, al seno de una familia querida; finalmente, lo que es para el hombre devorado de deseos insaciables y siempre renacientes, para el hombre extenuado de trabajo y de dolor, para el condenado al llanto, á las enfermedades, á la muerte, la cesacion de todos los males, el goce pleno y perfecto de todos los bienes, el reposo y la inmortalidad de la dicha y de la gloria, lo es el cielo para el género humano, y aun mas.

Porque el cielo «es el cumplimiento de todos los deseos de Dios, de las criaturas y del hombre; es la restauracion de todas las cosas en el estado de perfeccion absoluta; es el reposo eterno en el orden.»

1º. Respecto de Dios. El cielo es el cumplimiento del voto expresado por el Hijo del Eterno instruyendo al género humano: *Venga el tu reino, hágase tu voluntad como en el cielo así tambien en la tierra* <sup>1</sup>. El cielo es para Dios el goce pleno y entero de sus obras, es la completa manifestacion de su gloria, de su poder, de su bondad, de su sabiduria, de sus inefables perfecciones; es el reinado de un Padre querido sobre hijos dóciles; es el desahogo inmenso, eterno de su amor por ellos, y el desahogo igualmente eterno de su amor por él; es la unidad del hombre con Dios y de Dios con el hombre, unidad sin confusion de naturaleza, de modo que Dios y el hombre uniéndose sin confundirse gozarán eternamente en el seno de inefables delicias de la plenitud de su ser; en una palabra, el cielo será para Dios *ser todo en todos* <sup>2</sup>.

2º. Respecto de las criaturas. El cielo será el cumplimiento de aquel voto expresado en su nombre por el grande Apóstol: «Todas las criaturas gimen y están de parto hasta ahora, esperando la redencion de su cuerpo y la adopcion de hijos de Dios, quienes no las someterán ya mas á la vanidad como aquel que las redujo á la servidumbre <sup>3</sup>.» Luego las criaturas desean, dicen los doctores católi-

<sup>1</sup> Matth. VI, 10.

<sup>2</sup> I Cor. XV, 28.

<sup>3</sup> Rom. VIII, 22 et seq. — *Creatura hic sunt cœli, elementa, omniaque creata. Omnes creaturæ avidissime naturali appetitu expectant tempus, quo filii Dei gloria donabuntur, ut cum eis quibus servierunt, quasi dominis, ipsæ quoque suam gloriam, renovationem ac perfectionem, tanquam famuli accipiant. Sic arbor per appetitum, non rationalem, nec animale, sed naturale, dicitur expectare suum fructum, et semen suam messem. Atque hoc magnum est argumentum, gloriam illam nobis præparatam ingentem esse et inæstimabilem, quod omnes creaturæ etiam insensibiles totæ ad illam anhelant... Sicut enim nutrix pueri regii, cum puer coronatur, et ipsa propter ipsum de bonis regis participat: ita pariter, cum homo gloria donabitur, hanc ejus gloriam cæteræ creaturæ quæ homini servierunt, participabunt, inquit Chrysost. in hunc loc... ita ut similem quamdam libertatem, stabilitatem creaturæ aliæ accipiant. (Cor. à Lapid. in Epist. ad Rom. VIII, 19.)*



cos, su redencion y emancipacion, no su aniquilamiento ni destruccion en cuanto á la sustancia; así pues, no serán destruidas, sino simplemente purificadas por el fuego del último dia, del mismo modo que el oro, que lejos de destruirse en el crisol, se hace mas brillante y duradero <sup>1</sup>.

<sup>1</sup> La opinion de que el mundo no será destruido y si únicamente perfeccionado, es la mas autorizada entre los santos Padres y teólogos, y la misma Escritura le es muy favorable; así es que dice, por ejemplo, en el Antiguo y en el Nuevo Testamento <sup>2</sup> que *el Señor hará un nuevo cielo y una nueva tierra*, y no dice *otro cielo y otra tierra*, sino *un nuevo cielo y una nueva tierra* para expresar su renovacion <sup>3</sup>. Cuando un niño se convierte en jóven, de jóven en hombre, y de hombre en anciano, no se dice que muere cada vez que su edad cambia; es siempre el mismo hombre, pero pasando de un estado á otro; lo mismo sucede cuando un arquitecto hace una casa nueva de una vieja, ó cuando el labrador desmonta un terreno inculto y abandonado, y lo convierte en fértil y provechoso.

Al hablar el Salmista <sup>4</sup> de la destruccion de los cielos, lo hace sirviéndose de la idea de un vestido que se usa y se cambia, lo cual es muy distinto de lo que queda reducido á la nada <sup>5</sup>. Isaías describiendo el estado del mundo despues de la resurreccion, dice que se verán el sol y la luna, pero con un brillo infinitamente mayor: *La luna, dice, brillará como el sol, y este dará siete veces mas luz de la que da en el dia* <sup>6</sup>.

El Salvador nos dice en el Evangelio que *el cielo y la tierra pasarán* <sup>7</sup>, y el Apóstol que *la figura ó apariencia de este mundo pasa* <sup>8</sup>; ninguno dice que el mundo perecerá sustancialmente, ni que los cielos y la tierra volverán á la nada, sino que pasarán del estado en que los vemos á otro mas perfecto y hermoso. San Pedro, en el pasaje mas formal que tenemos sobre este asunto, dice: *Vendrá como un ludron el dia del Señor, en el cual pasarán los cielos con grande ímpetu, y los elementos con el calor serán disueltos, y la tierra y todas las obras que hay en ella serán abrasadas* <sup>9</sup>; nada de lo cual prueba la destruccion.

Dios nos ha revelado la creacion del universo, pero en parte alguna nos ha dicho que debiese reducir su obra á la nada; es preciso reconocer que así puede lo uno como pudo lo otro, mas en las Escrituras no vemos que sea tal su designio; además el aniquilamiento no se comprende.

Salomon asegura haber sabido que cuanto el Señor ha hecho durará eternamente <sup>10</sup>, y esto lo explica muy bien san Gregorio el Magno conciliando la Escritura consigo misma cuando dice en una parte que la tierra durará eternamente, y la otra que los cielos y la tierra pasarán. Pasarán en cuanto á su figura, no en cuanto á su esencia <sup>11</sup>, y cuando la Escritura habla de nuevos cielos y de nueva tierra, no significa que Dios criará otros nuevos, sino que renovará los antiguos <sup>12</sup>. El mismo

<sup>1</sup> Isai. LXV, 17; LXVI, 22; Apoc. XXI, 1.

<sup>2</sup> Non dixit: Alios coelos et aliam terram videlicet, dice san Jerónimo, sed veteres et antiquos in melius commutatos. (In Isai. LI et LVI.)

<sup>3</sup> Psalm. CI.

<sup>4</sup> Ipsi peribunt, et omnes sicut vestimentum veterascent; et sicut opertorium mutabis eos.

<sup>5</sup> Isai. XXX, 26.

<sup>6</sup> Matth. XXIV, 35.

<sup>7</sup> Præterit figura hujus mundi. (1 or. VII, 31.)

<sup>8</sup> II Petr. III, 10.

<sup>9</sup> Didici quod omnia opera quæ fecit Deus perseverent in perpetuum.

<sup>10</sup> Per eam quam nunc habent imaginem transeunt, sed tamen per essentiam sine fine subsistent. (Moral. lib. XVII, in Job, v.)

<sup>11</sup> Non alia condenda sunt, sed hæc ipsa renovantur. (Ibid.)

¿Quién podrá decir la belleza y perfeccion del cielo y de la tierra así renovados? El Águila de los doctores, aquel cuya *angelica* pureza le mereció el entrever cosas ocultas á los profanos, santo Tomás, hablando de los elementos despues de la resurreccion general, nos dice: El agua será límpida como el cristal, el aire puro como el cielo, y el fuego brillante como los astros y el sol; la tierra será en su superficie clara y transparente como el vidrio <sup>1</sup>, y siempre é igualmente ilumi-

san Gregorio compara este cambio al que vemos todos los años en la revolucion de las estaciones; el invierno sucede al estío, y la primavera al invierno; en estas diversas estaciones la tierra cambia de faz, pero en cuanto á la sustancia es siempre la misma.

Sin embargo nadie se ha explicado sobre esta materia en términos tan claros y expresos como san Agustín: « El fuego que quemará el mundo al llegar el último dia, dice aquel gran Doctor, cambiará las calidades de los elementos corruptibles, » y lo que convenia á nuestros cuerpos sujetos á la corrupcion adquirirá otras calidades que convendrán á nuestros cuerpos incorruptibles; de modo que el mundo así renovado estará á la altura de los hombres resucitados <sup>2</sup>. » En otro lugar dice que el cielo y la tierra serán renovados despues del juicio; que pasarán, pero que no perecerán <sup>3</sup>; y comparando luego el fuego que debe abrasar el mundo al fin de los siglos á las aguas del diluvio, hace un paralelo entre las expresiones de que se sirve la Escritura para expresar ambos acontecimientos; al hablar del primero dice que el mundo pereció, así como dice que perecerá en el segundo; mas como es sabido que por la palabra *perecer* la Escritura solo ha querido expresar un cambio extraordinario, de aquí se deduce que cuando dice que en la consumacion de los siglos el mundo perecerá, significa que será cambiado en cuanto á sus calidades, pero que subsistirá en cuanto á su sustancia.

San Epifanio <sup>4</sup>, Proclo, Metodio y Ecnemio <sup>5</sup> sostienen y prueban igual opinion. « La tierra y los elementos, dice el último, no serán destruidos; puez así como nosotros sujetamos los metales á la accion del fuego sin ningun deseo de destruirlos, tampoco Dios desea destruir el mundo; destruirá, sí, únicamente las cosas que solo sirven para el uso de esta vida mortal y perecedera, y cuanto no tiene relacion alguna con el estado de inmortalidad y de incorrupcion en que nos encontraremos despues de la resurreccion de los cuerpos; mas conservará todo lo demás en un estado mas perfecto y feliz, para adorno y belleza del nuevo cielo y de la nueva tierra que nos están prometidos, así como para contribuir á la beatitud de los justos que vivirán entonces. » Así como el que levanta un nuevo edificio lo hace de algo, así Dios despues del juicio formará los nuevos cielos y la nueva tierra con la materia de los cielos y de la tierra que existen actualmente, y que cambiará en un estado mas perfecto <sup>6</sup>.

<sup>1</sup> Innovatio mundi ordinatur ad hoc quod homo etiam sensu in corporibus quodammodo per manifesta indicia divinitatem videat. Inter sensus autem nostros spiritualior est visus et subtilior. Et ideo quantum ad qualitates visivas, quarum principium est lux, oportet omnia corpora inferiora meliorari. Unde omnia elementa claritate quadam vestientur; non tamen æqualiter, sed secundum suum modum...

<sup>1</sup> Ut scilicet mundus, in melius innovatus, apte accommodetur hominibus, etiam carne in melius innovatis. (De Civil. Dei, lib. XX, 16.)

<sup>2</sup> Mutatione namque rerum, non omnimodo interitu, transibit hic mundus... Figura ergo præterit, non natura. (Ibid. cap. 14.)

<sup>3</sup> Hæres. 64.

<sup>4</sup> In II Petr. III.

<sup>5</sup> Cyril. lib. IV, in Isai. LI.



nada la tierra estará constantemente en la misma temperatura; los astros y los elementos, semejantes siempre consigo mismos y con nosotros, no tendrán ninguna de las imperfecciones que les observamos ahora <sup>1</sup>. Es cierto que la tierra quedará despojada de ciertos cuerpos mixtos, obligado acompañamiento de su condición presente, sin quedar por esto menos perfecta; pues tendrá cuanto puede contribuir á la perfección en su estado de estabilidad y de incorrupción, aunque privada de ciertas bellezas que le eran convenientes en su primer estado de imperfección. Los adornos que se adaptan perfectamente á la casa de un simple particular, no son propios ya al convertir aquella en el palacio de un gran príncipe <sup>2</sup>.

3º. Respecto del hombre. El cielo es, como hemos dicho ya, el cumplimiento de todos sus deseos legítimos referentes á su estado futuro; es la satisfacción del voto expresado en nombre de todo el género humano por el Profeta real: *Señor, quedaré satisfecho cuando veré vuestra gloria* <sup>3</sup>. Para probarlo bastan estos dos principios: primeramente, el cielo es la ausencia completa del mal y el completo goce de una felicidad pura y sin fin; en segundo lugar, el hombre será en el cielo verdadero hombre, es decir, estará en él en cuerpo y en alma; luego el cielo será la felicidad completa del cuerpo y del alma. Esta es la definición que da al género humano un instinto tan universal como invencible, y hé aquí por qué, cosa muy poco observada aunque muy digna de serlo, el hombre desea el cielo con toda la extensión de su doble potencia, espiritual y corporal. Criado para la felicidad, tiende incesante, irresistiblemente hácia su fin, como la aguja imantada se dirige al polo, como toda la naturaleza hácia su centro; desde su cuna á su tumba, ese ser degradado é infeliz busca su rehabilitación y trata de sacudir el imperio del mal; el rey destronado busca su trono, *el dios caído se acuerda del cielo*, y lo busca por todas partes; una fuerza irresistible le empuja, y á cuantos encuentra les pide el cielo, la felicidad. Preguntadle cuál es el fin que se propone con su trabajo, con sus sudores, con sus negocios, con su vida agitada, con sus sacrificios, con sus virtudes, con sus crímenes quizás, y siempre os contestará: la felicidad, es decir, el cielo. Desde hace seis mil años que respira en el globo; nada ha podido detener el

*Aër non erit clarus, sicut radios projiciens, sed sicut diaphanum illuminatum... Terra erit in superficie exteriori pervia sicut vitrum, aqua sicut crystallus, ignis ut luminaria cœli.* (D. Thom. 3 p. *Suppl.* q. 91, art. 4.) — El cielo y todos los cuerpos celestes experimentarán una transformación semejante, y serán mil veces más luminosos de lo que son en el día. (Id. id. art. 3.)

<sup>1</sup> S. Hier. in Habacuc, III.

<sup>2</sup> Lo que acaba de leerse sobre el estado del mundo después de la resurrección no es artículo de fe, pero sí la opinión más favorecida por la sagrada Escritura y más acreditada entre los santos Padres y teólogos. (*Biblia de Vence*, t. XXIII.)

<sup>3</sup> Psalm. xvi, 15.

impetuoso movimiento que le lleva hácia la felicidad, es decir, hácia el cielo; al contrario, cuanto más envejece, tanto más devorante es su ardor, pues cuanto más se aleja al corromperse del verdadero cielo, mayores esfuerzos hace para encontrar el imaginario cielo que sus pasiones han soñado. ¿Por qué desde hace tres siglos ha llenado el mundo de ruinas? ¿por qué esos inauditos sacudimientos, esas revoluciones sin cesar renacientes que solo dan por resultado amargas decepciones, sin satisfacer jamás su insaciable sed de felicidad? ¿Qué objeto, qué fin tienen tantas catástrofes? La felicidad, el cielo, que el hombre mendiga á cuanto supone capaz de podersele dar. Legítimos deseos, ¡mas esfuerzos superfluos! Si desea el cielo, lo desea mal, ó por mejor decir, ve el cielo donde no está, y esto es una terrible consecuencia de su degradación; semejante en esto á un niño que colocado en la orilla de un tranquilo lago, viese de repente la luna en el espejo de las aguas; tomándola por el mismo astro, se precipita en el lago, la imagen se rompe, y cuanto más se agita para cogerla, tanto menos la alcanza, logrando solo á pesar de sus penosos esfuerzos la fatiga, la desesperación y la muerte en medio de las olas. Niño, levanta la cabeza, y no busques á tus piés lo que está encima de tí; lo que persigues no es más que la imagen de la dicha. No es menos cierto que la satisfacción que experimenta en el goce de las criaturas es una sombra, una partícula, una alteración si se quiere, pero en fin es una imagen de la felicidad del cielo, ó, por mejor decir, el cielo en imagen.

En efecto, ¿qué desea el hombre para su cuerpo y sus sentidos, para su alma, su memoria, su imaginación y su corazón?

*Placeres corporales.* Primeramente, el hombre desea residir en sitios encantadores, en una tierra fértil, adornada con todas las bellezas de la naturaleza; desea que cobije su cabeza un cielo puro, sereno, sin nubes, sin frío excesivo, sin un sol ardiente; ved sino á los ricos hacer viajes, investigaciones y gastos para procurarse este placer, y cuando lo gozan están en el colmo de la satisfacción, celebran su dicha, lo escriben á sus parientes, á sus amigos, invítándoles á alegrarse con ellos. ¡Pues bien! ¿qué es el cielo? El cumplimiento, la satisfacción plena, entera, eterna de semejante deseo; pues finido el tiempo, habrá nuevos cielos y nueva tierra, los que, purificados por el fuego, serán revestidos de las calidades análogas á la naturaleza de nuestros cuerpos hechos impasibles é inmortales. ¡Oh! ¡cuán deslumbradora será su belleza! Además, bajo los nuevos cielos y en la nueva tierra nada habrá de lo que turba y oscurece vuestra actual residencia por bella que os parezca; no habrá ladrones que amenacen vuestras propiedades, vuestra seguridad ó la de las personas que os son queridas; no habrá hambre, ni inundaciones, ni incendios, ni terremotos; plaga ni azote alguno hará estragos en vosotros; nada tendréis que temer.



¿Qué más desea el hombre para su cuerpo? Una habitacion cómoda, ricos salones, magníficos muebles. Ved la admirable actividad que despliega para procurárselos; ved cuántas artes y oficios están empleados para este objeto: albañiles, picapedreros, carpinteros, doradores, ebanistas, artesanos de toda especie solo piensan en embellecer su casa; los metales todos sirven para el mismo fin, el hierro, la plata, el cobre, el plomo, ¿qué sé yo? el mármol, la pizarra, las flores, los tapices más preciosos; y cuando ha logrado alojarse y dormir en aquel suntuoso palacio se cree feliz. ¡Pues bien! el cielo no es más que el cumplimiento, la satisfacción plena, entera y eterna de semejante deseo; escuchad sino la descripción que nos hace de la residencia de los elegidos el discípulo amado, cuyos ojos fueron bastante felices para contemplarla: « Y el Ángel me llevó en » espíritu á un monte grande y alto, y me mostró la ciudad santa de » Jerusalem que descendía del cielo de la presencia de Dios; que tenía la claridad de Dios, y la lumbré de ella era semejante á una » piedra preciosa de jaspe á manera de cristal. Y tenía un muro » grande y alto con doce puertas, y en las puertas doce Ángeles; el » material de este muro era de piedra jaspe, mas la ciudad era oro » puro semejante á un vidrio limpio. Y los fundamentos del muro de » la ciudad estaban adornados de toda piedra preciosa. Las doce puertas son doce margaritas una en cada una, y cada puerta era de una » margarita, y la plaza de la ciudad oro puro como vidrio transparente<sup>4</sup>. »

Hombres, ¿qué más deseáis para vuestro cuerpo? Vestidos suntuosos y brillantes; pues no ignoramos cuánto precio dáis á su posesion, cuánto orgullo, ó, por mejor decir, vanidad os inspiran; mas ved que en el cielo esos innobles despojos de animales que ostentais para cubrir vuestra vergüenza y proteger vuestra debilidad, esas libreas de la degradacion primitiva habrán desaparecido; y vuestro cuerpo brillante con todas las gracias de una eterna juventud será él mismo su propio vestido.

¿Qué otros bienes deseáis para vuestro cuerpo? La salud, la belleza, la agilidad, la vida.

¿Qué no hace el hombre para conservar el primero de esos bienes, ó para recobrarle cuando lo ha perdido? No retrocede ante los gastos, los viajes ni las privaciones de toda clase, y si á costa de tantos sacrificios recobra una salud que volverá á alterarse en breve,

<sup>4</sup> Apoc. xxi, 10-21. Para darnos una idea de la realidad, san Juan se sirve de cuanto conocemos más precioso. No debe creerse que la Jerusalem celeste sea edificada ni enriquecida con las piedras y metales de que tanto aprecio hacemos en el mundo, sino que el Espíritu Santo para acomodarse á nuestras ideas bajas y groseras nos habla de aquel modo, en cuanto no sabemos imaginar nada más bello y brillante. (Belar. pág. 61.)

se cree, aun cuando sea el hombre más miserable, más feliz que el más poderoso monarca. Ahora bien, en el cielo el hombre gozará de una salud perfecta, y sus órganos todos, en el día corruptibles y groseros, serán tan perfectos é incorruptibles, que nada los alterará jamás, y servirán con una facilidad maravillosa á las operaciones del alma.

También desea el hombre la belleza; las deformidades naturales le son á veces tan insoportables como la muerte; envidia á los que ha caído en lote la hermosura, y para consolarse acaba por creer que tiene una parte de la misma; nada diré de los cuidados, de las penas que se toma el día en que aquella belleza imperfecta se encuentra amenazada, para reparar y suspender, si posible fuese, los estragos del tiempo. ¡Pues bien! en el cielo, libre el hombre del mal y de todas sus consecuencias, aparecerá con una belleza de que nada puede darnos una idea. En los trabajos de la tumba, dice san Agustín, los cuerpos de los Santos perderán sus defectos, el hombre resucitará en el vigor de la edad, cuando la belleza brilla con todo su esplendor, y gozará de una juventud eterna.

También, y especialmente en el día, desea el hombre para su cuerpo con inconcebible ardor el don de la agilidad; no puede sufrir las distancias; el peso de la materia le incomoda y á toda costa quiere librarse de él; su genio ha sido puesto en tortura, y admirables maravillas han coronado sus esfuerzos; el vapor le presta su omnipotencia, el hierro su solidez, las montañas se inclinan delante de él, y más rápido que el pájaro, atraviesa distancias inmensas en un abrir y cerrar de ojos. Aspira á dar la vuelta al mundo con la prontitud del pensamiento, y los triunfos que ha obtenido y los que sueña todavía le procuran un increíble placer. ¡Pues bien! el cielo es el cumplimiento del deseo de agilidad que nos atormenta; hechos espirituales nuestros cuerpos no serán un obstáculo á la actividad del alma, la cual los transportará donde quiera con una facilidad y prontitud maravillosas.

Finalmente, el hombre desea para su cuerpo la vida; ¡ah! si pudiese esperar la inmortalidad, que no es más que la vida sin fin, ¿qué no haría para procurársela? Juzgado al ver su ansia en prolongar sus días, y su excesivo temor de morir; ved cómo lucha contra la enfermedad, cómo se debate contra la muerte; la medida de los esfuerzos que emplea para sustraerse á ella es la medida de su amor á la vida. ¡Pues bien! el cielo es el cumplimiento del deseo más indestructible é imperioso del corazón humano; allí nos está prometida una vida inmortal acompañada de todos los goces sin ninguna mezcla de amargura; la belleza, la salud, la agilidad, la vida, tales son los grandes bienes que el hombre desea para su cuerpo, que busca, persigue, compra á toda costa; la Religion le conduce á su posesion, y se los da en el cielo.



El hombre experimenta tambien para cada uno de sus sentidos deseos que nada en la tierra puede satisfacer y que son su tormento: los ojos desean ver, los oidos oir, el gusto gustar, el olfato sentir y el tacto tocar cuanto hay bello, armonioso, delicioso, agradable y dulce; si quisiésemos referir cuánto hace el hombre para satisfacer sus sentidos seria preciso contar desde su primera página á la última la historia del género humano. ¡Cuántas vidas sacrificadas, cuántos rios de sangre derramada, cuántas montañas de oro y plata derrochadas para comprar el placer de los sentidos! Pues bien, el cielo da todo esto, ó mejor, el cielo es todo esto perfeccionado sin mezcla de imperfeccion ni de vicisitud<sup>1</sup>.

Primeramente, *placer de la vista*. Los Santos verán los nuevos cielos y la nueva tierra incomparablemente mas bellos de lo que jamás habrán sido; verán la santa ciudad que Tobías y el apóstol san Juan despues de él nos pintan, á falta de términos para expresar su magnificencia, como una ciudad construida de oro y adornada con toda clase de piedras preciosas; veránse á sí mismos, y como *sus cuerpos serán reformados para hacerlos conformes al glorioso cuerpo de Jesucristo*, segun dice san Pablo<sup>2</sup>, serán tan bellos y luminosos, que no cederán al mismo sol en hermosura y brillo. En esto no hay exageracion, puesto que el cuerpo de Jesucristo, al que todos los demás se parecerán, apareció un día á san Pablo mas brillante que el sol del mediodía; además, ¿por ventura no dice el mismo Salvador: *Los justos resplandecerán como el sol en el reino de su Padre*<sup>3</sup>? ¿Cuál será, pues, su contento cuando verán sus piés, sus manos y todos los miembros de su cuerpo tan resplandecientes, que en cualquier parte donde estén no tendrán necesidad ni de luz ni de astro alguno para iluminarse?

Además, no tendrán únicamente la satisfaccion de ver sus cuerpos así radiantes de gloria, sino que verán tambien con extremado placer los de los otros Santos y sobre todo el de Nuestro Señor y el de su santa Madre; si, pues, el sol regocija á su salida al universo entero, ¿qué alegría será la de los bienaventurados á la vista de todos aquellos brillantes soles, de todos aquellos cuerpos que atraerán y encantarán los ojos, tanto por la admirable disposicion y justa proporcion de sus miembros como por su extraordinario brillo? Y no tendrá entonces que bajarse la vista para resguardarse de la excesiva luz, no, pues los ojos serán impasibles, y el que fortificará de tal modo los ojos del alma para que puedan mirar fijamente á la Divinidad, fortificará

<sup>1</sup> Oculi, aures, nares, os, manus, guttur, jecur, pulmo, ossa, medullæ, etc., Beatorum mirabili delectationis et dulcedinis sensu replentur. (S. Anselm. *Lib. de Similitudinib.* c. 57.)

<sup>2</sup> Philip. iii, 21.

<sup>3</sup> Matth. xiii, 43.

tambien de tal modo los del cuerpo, que millones de soles no podrian deslumbrarlos.

Para el placer de la vista se puede añadir lo que dice san Agustin, que los santos Mártires tendrán algunas señales de gloria en la parte de su cuerpo que mas habrá sufrido: así se verá en la frente de san Estéban una corona compuesta de tantos diamantes como piedras le echaron; san Juan Bautista, san Jaime, san Pablo, que fueron decapitados, tendrán un collar de una maravillosa belleza y de un precio inestimable; san Bartolomé, desollado, estará revestido de una púrpura mucho mas brillante que la de los reyes y emperadores, y finalmente, y para nada decir de los demás, las gloriosas llagas de san Pedro y de san Andrés, que murieron en el suplicio de la cruz, se verán tan luminosas como astros; sobrepujando á todos en luz, sin ofuscarles sin embargo, el Rey de los Mártires, el cual brillará en medio de ellos como el sol entre las estrellas.

En segundo lugar, *placer del oido*. Es indudable que en el cielo los cuerpos luminosos tendrán los órganos necesarios para oir y para hablar; pues los Apóstoles todos, acompañados de muchos discípulos y de gran número de mujeres, vieron al Salvador y le hablaron despues de su resurreccion, contestando este á varias preguntas que aquellos le dirigieron. Sábese tambien por el libro de Tobías y por el Apocalipsis de san Juan, que en el cielo se entonarán cánticos en alabanza del Señor, agradables himnos que serán siempre nuevos y que darán tanto mayor placer, en cuanto las voces serán mas bellas, en cuanto aquel en cuyo honor se cantarán será mas digno de semejantes alabanzas, en cuanto el lugar en que tendrán lugar los conciertos resonará mejor, en cuanto finalmente los que los oirán tendrán el oido mas delicado y serán en gran número.

¿Quién puede, pues, concebir el exceso de su felicidad, cuando gozando de una paz estable y ardiendo en amor de Dios, soberano bienhechor, se excitarán unos á otros á alabarle eternamente? Segun refiere san Buenaventura, san Francisco escuchó por algun tiempo la dulce armonía de un laud pulsado por un Ángel, y quedó de tal modo arrobado, que creia estar en otro mundo. ¿Qué placer será, pues, el de escuchar millones de voces unidas á otros tantos instrumentos, divididas en dos coros y respondiéndose continuamente unas á otras, cantar durante todos los siglos alabanzas al Señor!

En tercer lugar, *placer del olfato*. El cielo será un sitio embalsamado con los mas deliciosos perfumes; sabemos positivamente que los cuerpos de muchos Santos han exhalado despues de su muerte un olor tan delicioso que jamás se habia percibido otro semejante. Así sucedió con san Hilarion, segun cuenta san Jerónimo, pues diez meses despues de haber sido enterrado, fué hallado su cuerpo tan entero como si gozase de vida, y exhalaba un olor milagroso que hizo creer



á algunos que habia sido embalsamado; lo mismo se cuenta de san Sérvulo, el pobre paralítico de que hace san Gregorio tan grande elogio, y de quien se dice que al morir despidió un perfume celestial que llenó de sorpresa á todos los asistentes. Muchos ejemplos pudiéramos citar de semejante maravilla, y de aquí podemos deducir que si los cuerpos cuyas almas gozan de la gloria exhalan hasta en el sepulcro un olor divino, lo exhalarán mayor en el cielo cuando residirán allí vivos y gloriosos.

Añádase á esto lo que el mismo san Gregorio escribe de su tía, santa Tharsilia, la cual, levantando cierto día los ojos al cielo vió á Nuestro Señor que se dirigia á ella, en cuyo momento sintió un perfume tan dulce que comprendió que se hallaba presente el autor de toda dulzura. Así pues, los que amen los buenos olores, prepárense ya para experimentar el placer que sentirán en el paraíso al encontrarse en aquel jardín delicioso entre los lirios y las rosas.

En cuarto y quinto lugar, *placer del gusto y del tacto*. Es indudable que en el cielo no se usarán manjares materiales y corruptibles; sin embargo el sentido del gusto, elevado, purificado como todos los sentidos del hombre, tendrá su accion y sus placeres propios del lugar y de la condicion de los bienaventurados. El cielo nos está anunciado como un festin nupcial, y habrá torrentes de placeres; además, ¿qué goce será para el justo la buena disposicion en que se encontrarán los cuerpos de los justos resucitados? Hagamos sino una comparacion. Cuando en la tierra el cuerpo se halla extenuado por las enfermedades, ó cubierto de úlceras, el sentido que mas sufre ó el único que sufre es el tacto; del mismo modo, cuando el cuerpo está sano y vigoroso, el tacto goza tambien de todas las comodidades y de todo el placer. Luego este sentido tendrá igualmente su beatitud, y la tendrá eternamente cuando los cuerpos de los Santos, siendo despues de la resurreccion impasibles, é inmortales, gozarán de una perfectísima salud. ¿Qué hay que no diesen los grandes de la tierra para estar siempre exentos de la gota, del mal de piedra, de los dolores de cabeza, de estómago, etc.? ¿Cuáles deben ser, pues, sus esfuerzos para conseguir el cielo de donde están desterradas, junto con la muerte, las enfermedades y los sufrimientos?

Hay mas, aunque los cuerpos resucitados deben continuar siendo un compuesto de carne y de huesos, serán sin embargo *espirituales*, es decir, que estarán de tal modo sometidos al espíritu, que se moverán á su voluntad, subirán y bajarán, é irán por todas partes con prodigiosa velocidad; que pasarán fácilmente al través de las mas espesas paredes, en una palabra, harán lo mismo que si fuesen espíritus y no cuerpos. Así pues, como aquel sentido es el único que sufre cuando los cuerpos pesados y terrestres se ven obligados á bajar ó á subir hasta la cima de una montaña, ó á correr de un lugar á

otro, él únicamente gozará tambien del placer que causará á los cuerpos gloriosos la facilidad de ir por todas partes sin fatigarse.

Este es el modo como los bienaventurados estarán libres de la servidumbre de esta carne corruptible; para marchar con mas velocidad ó con mayor seguridad, no tendrán necesidad de caballos, ni de carruajes, ni de armas, ni de otra cosa alguna, puesto que irán en un momento de uno al otro polo, y que nada tendrán que temer en cualquier parte en que se encuentren. ¡Ojalá que aquellos que no son capaces todavía de gustar de las dulzuras espirituales pensasen al menos en estos bienes sensibles, y que á fuerza de pensar en ellos, los estimasen y deseasen! Quizás despues podrian elevarse mas y mas, habiendo sido aquello un escalon para llegar con el auxilio divino á la beatitud eterna.

Si de los placeres de los sentidos, que, tales como los acabamos de describir, harian ya la felicidad del hombre mas ambicioso, pasamos á los placeres espirituales, infinitamente mas nobles y mas vivos, preciso nos será exclamar con el Apóstol: « Ojo no vió, ni oreja oyó, ni » en corazon de hombre subió lo que preparó Dios para aquellos que » le aman <sup>1</sup>. » Tratemos, sin embargo, de formarnos de ello una idea por mas que sea imperfecta.

El hombre desea para su *memoria* recuerdos completos y deliciosos; y una de nuestras mayores miserias y uno de nuestros mayores pesares es olvidar en todo ó en parte lo útil y agradable que hemos visto, oído ó aprendido. ¡Pues bien! ¿cuál será en el cielo la satisfaccion de los Santos, cuando su memoria, hecha plena y perfecta, les recordará por una parte los bienes infinitos que han recibido de Dios, ya en el cuerpo, ya en el alma, ya en el tiempo, ya en la eternidad, y por otra los peligros casi continuos de que les ha librado en todos los tiempos, en todos los estados, en todas las fases de su vida? ¿Acaso podrán pensar en la bondad de que hizo prueba al preservarles del pecado mortal y de las penas del infierno, en que tantas veces se hallaban próximos á caer, sin darle mil acciones de gracias? ¿Cómo no pensar en ello eternamente, y cómo no convertirlo durante todos los siglos en un motivo de alegría? Si fuesen capaces de olvidarlo, el Profeta no exclamaria: *¡Cantaré eternamente las misericordias del Señor!* y san Agustin no diria <sup>2</sup>, que en la ciudad de Dios no hay nada tan encantador como ese cántico, nada que revele mejor la gracia de Jesucristo nuestro redentor.

¿Qué diremos de las vicisitudes de los tiempos que tendrán siempre presentes á la imaginacion y al espíritu? ¿Acaso no será un espectáculo muy agradable el ver á Dios, ver en él cuanto habrá sucedido

<sup>1</sup> I Cor. II, 9.

<sup>2</sup> Psalm. LXXXVIII.